

Migración, masculinidades y violencia en San Bartolomé Quialana, Oaxaca

Jimena Valdés Figueroa*

En el artículo se analizan las transformaciones de las construcciones de las masculinidades y las relaciones de género en el municipio San Bartolomé Quialana, Oaxaca. Para ello se presentan los elementos que caracterizan el contexto migratorio propio del municipio y los testimonios de hombres y mujeres de distintos grupos etarios que dan cuenta de las formas de violencia de las que son víctimas, así como aquellas que las ejercen. Al ser las masculinidades una construcción en constante transformación, en el artículo se presentan los elementos de cambio y continuidad que a través del trabajo de campo se han registrado.

San Bartolomé Quialana: las masculinidades y su contexto

A menos de 40 kilómetros de la ciudad de Oaxaca, “arribita” de Tlacolula y a las faldas de “El Picacho”, se ubica el municipio zapoteco de San Bartolomé Quialana.

Este municipio de la región de los Valles Centrales colinda al norte con los municipios de Tlacolula de Matamoros y Magdalena Teitipac; al sur con San Baltazar Chichicapam, distrito de Ocotlán; al oeste con Magdalena Teitipac y Santo Tomás Jalieza, distrito de Ocotlán; y al este con San Lucas Quiavini y Santiago Matatlán. Tiene

una extensión aproximada de 49.76 km², lo que representa 0.052% del total del Estado.

San Bartolomé Quialana es un municipio muy pequeño, que concentra en su cabecera el total de su población. No obstante, es rico en tradiciones locales y fiel a sus raíces en aspectos como la tradición oral, las festividades locales y formas de organización, como el sistema de cargos y el tequio.

A pesar de ser catalogado como un municipio “de muy alta marginación”, Quialana cuenta con servicios como escuelas de educación básica, centro de educación inicial, canchas deportivas, tendido eléctrico, agua potable, calles adoquinadas, conectividad y una clínica de salud comunitaria, en la que se llevan a cabo distintos programas de salud, como las brigadas de vacunación y estrategias a favor de la salud sexual

y reproductiva, dirigidas principalmente a la población adolescente.

Además, al ubicarse en la región de los Valles Centrales de Oaxaca, Quialana (que significa “piedra tiznada”) cuenta con amplias tierras en las que se cultivan hortalizas y granos que se venden en los mercados cercanos, sus habitantes han incursionado en la siembra de flores de ornato y cuenta con un paisaje privilegiado, que se puede admirar en las faldas del Picacho o desde lo alto del cerrito conocido como El Calvario; sin dejar de lado los cielos azules que se pintan de tonos rojizos al caer la tarde y luego se visten con muchas estrellas.

Como relatan sus habitantes, San Bartolomé Quialana, desde su origen, se ha caracterizado por su tradición migratoria, misma que se remonta a la fundación del pueblo, en voz del actual alcalde: “sus ancestros que eran

* Estudiante del Doctorado en Antropología Social, en el CIESAS, sede Distrito Federal.

de Teitipac vieron a lo alto de un cerro las velas de los barcos de los españoles y entonces migraron a las faldas del Picacho para estar más seguros” (Diario de campo, junio de 2014).

Posteriormente, narran que la migración de los hombres del municipio consistía en la realización de viajes a municipios aledaños para la venta de carbón y quienes se aventuraban más viajaban hasta Tapachula para trabajar como jornaleros agrícolas. La migración responde a la necesidad de mejoras económicas, sobre todo con el afán de generar condiciones de bienestar para las familias.

En la primera mitad del siglo XX, con el Programa Bracero, los habitantes de Quialana incursionan en la migración hacia las ciudades de Estados Unidos, bajo las condiciones institucionales establecidas en el marco de dicho acuerdo bilateral. Posteriormente, ya entrada la década de los sesenta, al finalizar dicho programa, la migración no cesa, pero ahora en situación de indocumentada, lo que implica gastos grandes, así como riesgos.

En sus testimonios, los hombres de San Bartolomé Quialana se refieren de manera constante a la migración, ya sea porque ellos emprendieron dicho proceso o porque algún familiar cercano lo hizo, un proceso arriesgado y, en muchos casos, doloroso que vivieron o que prefieren no emprender. El punto es que de la migración hablan todos.

A lo largo de los años, la migración ha sido un factor importante para los procesos de cambio en la comunidad, como la adopción de las playeras con frases o imágenes no propias de la cultura local; el uso de gorras, en lugar de sombreros; el cambio de los pantalones tradicionales por los confeccionados con mezclilla; el uso de tenis, en lugar de huaraches; o el uso de prendas confeccionadas fuera de la comunidad, como las vistosas pañoletas de las mujeres.

Asimismo, hay cambios de largo alcance, como en las relaciones de género, pues se habla de que se tienen mejores relaciones al interior de la familia, se consume menos alcohol, se establecen relaciones de noviazgo antes de unirse o contraer matrimonio, las mujeres participan en cargos públicos y el uso de métodos de anticoncepción. Estos cambios se observan en las generaciones recientes, en un lapso aproximado de 30 años.

De igual forma, para muchos de los hombres del municipio, migrar a Estados Unidos representa un riesgo que es necesario emprender para “cumplir con obligaciones”, como el pago de deudas, la edificación de una casa familiar, emprender un negocio o, sobre todo, garantizar los recursos necesarios para la educación de los hijos.

Para la comunidad, la migración representa una oportunidad para la construcción de espacios comunitarios mediante los recursos enviados por los “compatriotas”, los

cuales son gestionados por otros hombres del municipio. Ejemplo de estos espacios son las canchas municipales, las escuelas primaria y preescolar y el auditorio municipal. También se ha apoyado la creación de la banda musical infantil y juvenil.

Si bien en San Bartolomé Quialana se conservan y transmiten tradiciones como las calendas, los festejos de boda (que duran casi una semana), la visita de los padrinos y los ahijados durante las festividades de muertos, el jaripeo, los bordados, la comida tradicional y el uso y la transmisión del zapoteco (la lengua local), también son evidentes los cambios en distintos ámbitos de la vida comunitaria: la censura social y legal a la violencia de género –sobre todo en el contexto doméstico–, el acceso y continuidad de las niñas y jóvenes en los espacios educativos, procesos que pudieran ser potenciados por la tradición migratoria de los hombres, pero que, como los testimonios de los pobladores del municipio señalan, no son resultado exclusivo de la migración.

Situándonos en este escenario, en el que las tradiciones locales conviven con procesos de carácter global, como el uso intensivo de las redes sociales, las disposiciones legales relacionadas con la migración o los mercados de trabajo internacionales, emergen las interrogantes que guían la investigación que al día de hoy desarrollo en colaboración con los integrantes del municipio de Quialana, mismas que presento a continuación: ¿cuál es el papel que juegan los cambios en las masculinidades de los hombres de San Bartolomé Quialana en las transformaciones en las relaciones de género? ¿Cuáles son los elementos que definen las construcciones de las masculinidades en la comunidad de San Bartolomé Quialana? ¿Cuáles son los cambios, las transformaciones o las permanencias en las masculinidades de los hombres de San Bartolomé Quialana? ¿Cuál es el papel de los procesos migratorios en las transformaciones de las masculinidades de los hombres migrantes del municipio de San Bartolomé Quialana? ¿Qué otros procesos son relevantes para dichos cambios? ¿Qué sucede cuando los hombres que migraron retornan a su comunidad? ¿Qué percepciones tienen los hombres migrantes que retornan sobre los cambios en sus masculinidades? ¿Qué reflexiones tienen sobre los cambios en las masculinidades otros integrantes de la comunidad, como las mujeres y los niños?

Es de destacar que estas preguntas se resolverán a lo largo de la investigación, por lo que en el presente artículo se presentarán los avances que la revisión teórica y el trabajo de campo han permitido avanzar.

Atendiendo a los objetivos y a la naturaleza cualitativa de esta investigación, el trabajo de campo se ha centrado en técnicas como la observación participante, los talleres participativos y la entrevista a profundidad.

Dicho trabajo de campo inició en mayo de 2014, mediante los intercambios con personas del municipio de Quialana, con quienes se guarda una relación desde hace tres años. Acorde con las formas más ágiles de comunicación con las que actualmente contamos, el contacto inició vía la red social *Facebook*, para comentar de manera general los objetivos de este trabajo y la solicitud a la comunidad para construirlo de manera conjunta.

Posteriormente, acordamos una primera reunión con el Cabildo del municipio, misma que se retrasó por los compromisos de las autoridades, pero que finalmente pudo realizarse durante junio. Al sostener esa reunión, las autoridades comentaron estar de acuerdo con el desarrollo de mi trabajo de campo, pero también mencionaron que les gustaría que esta investigación fuera de beneficio para la comunidad. Estuvimos de acuerdo y por ello hemos construido una narración acerca de la historia de la comunidad. He contribuido en la medida de mis posibilidades a la ampliación del acervo de la biblioteca infantil del municipio y trabajamos en el equipamiento de un aula de estimulación temprana en la clínica de salud.

Hasta la fecha, se han llevado a cabo dos talleres de fotografía. Así, hemos compartido conversaciones que han arrojado una serie de pistas sobre los significados de las masculinidades en la comunidad, las relaciones de género, la migración, los cambios y los remanentes que los contradicen.

Las entrevistas a profundidad se han realizado al contar con una relación de mayor confianza, sobre todo en el caso de los hombres, pues las mujeres me han compartido más. Me atrevo a suponer que esto se debe a que, al ser mujeres, se parte del supuesto de “que nos entendemos mejor”.

La unidad de análisis de la investigación se integra a partir de hombres migrantes y no migrantes, unidos y de distintos grupos de edad, con la finalidad de tener una perspectiva comparativa e intergeneracional. Partiendo de la perspectiva relacional, también se han realizado entrevistas y se han registrado testimonios de las mujeres de la comunidad, así como acercamientos con niñas y niños, para conocer sus sentimientos y percepciones.

En fin, considero que aún me queda mucho por descubrir pero, sin lugar a duda, el trabajo de campo ha sido enriquecedor, tanto por el aspecto académico como por la gran oportunidad de contar con nuevas amistades que me han permitido conocer sus historias y sus experiencias de vida.

Aproximaciones teóricas a la migración, el género y las masculinidades

La migración, de acuerdo con Kearney y Beserra (2002), implica cruzar un umbral de significaciones formal o informalmente definidas por un régimen político, mismo que

también es un horizonte de sentido que afecta la identidad del individuo.

En el caso de los estudios sobre las migraciones masculinas, el género como categoría analítica pone sobre la mesa los mandatos de género, como la construcción de ser el proveedor de la casa, quien está a cargo de todas las necesidades económicas familiares. Este mandato, al verse cuestionado por el desempleo, la pobreza y la falta de oportunidades de desarrollo, puede desestabilizar la construcción de la masculinidad hasta el punto de que los hombres decidan migrar, con la finalidad de cumplir con dicho rol.

El hecho de migrar implica toda una serie de cuestionamientos sobre las subjetividades de “quienes se van” y también de quienes permanecen en las comunidades de origen. Según Ramírez (2006: 142): “Los hombres que migran a Estados Unidos inician un proceso reflexivo que puede implicar cambios a largo plazo para su comunidad”.

Al situar las masculinidades en los estudios del género, Connell (en Careaga y Cruz, 2006) plantea que “es una construcción social, histórica y por ende cambiante de una cultura a otra, dentro de cada cultura en distintos momentos históricos, a lo largo del curso de vida de cada individuo y entre diferentes grupos de hombres de acuerdo con su clase social, raza o etnia” (19). Menciona también que “dado el género, toda vez que estudiamos la masculinidad debemos tomar en cuenta las relaciones de poder”. Por tanto, al estudiar las masculinidades¹ es necesario partir de un análisis multidimensional y que integre distintos planos relacionados con el género, lo cual, a la vez, implica hablar no sólo de masculinidades, sino de “construcciones de masculinidades”, toda vez que “hay variaciones históricas y culturales tanto de las representaciones como de las relaciones de género construidas y negociadas entre hombres y mujeres”.

Para Careaga y Cruz (2006), las masculinidades no sólo dan cuenta de los significados del hecho de ser hombre, sino también sobre las formas en las que los hombres ejercen el poder, cómo puede ser incorporado en las estructuras e instituciones sociales y también cómo es reproducido por las mujeres. Por tanto, al hablar de “masculinidades” no sólo se busca definir la pluralidad o distintas maneras de “ser hombre”, sino de la lógica que lo mantiene, produce y reproduce.

Siguiendo a Badinter (en Careaga y Cruz, 2006), la afirmación de la masculinidad se establece a partir de la diferencia frente a lo femenino, es decir, por medio de su deslinde de lo considerado como emocional en todos los campos de la práctica social. De igual forma, Kauffman (en Careaga y Cruz,

¹ Hernández señala que desde principios de la década de los noventa se utiliza “masculinidades”, en lugar del singular “masculinidad”, a fin de reconocer la pluralidad en las identidades masculinas.

2006) señala que el “trabajo de género” implica el rechazo de cualquier acción que pudiera asociar a un hombre con las formas de significación femenina.

Al ser la masculinidad el resultado de dos formas de diferenciación, una frente a las mujeres y otra frente a otros varones, en palabras de Ramírez (2006), “requiere dismantelar la imagen homogénea de masculinidad, lo cual nos lleva a pensar que dentro del grupo de varones hay una gradación, una categorización. El parámetro para determinar el ‘grado’ por llamarle de alguna forma, de masculinidad, dependerá del concepto de masculinidad en un contexto específico” (40). Por lo que existen formas de masculinidad que son aceptadas y otras que son rechazadas, y en algunos casos sancionadas, lo que muestra otra cara de la subordinación basada en la existencia de masculinidades dominadas y dominantes.

Como lo señala Rosas (2008), “el análisis de las diferentes masculinidades está íntimamente relacionado con el de las jerarquías que se crean entre ellas y con la discusión acerca de la masculinidad hegemónica, la cual implica que en un contexto determinado, algún grupo de varones ha logrado legitimar sus características masculinas y se propone como modelo de referencia para otros hombres” (37). Sin embargo, dicho modelo de masculinidad lejos de ser permanente o inmutable es cuestionado constantemente, de ahí que uno de los objetivos de la investigación sea identificar tanto las características que en el contexto particular de San Bartolomé Quialana se ubican, en lo que analíticamente nombramos como masculinidad hegemónica, como las transformaciones que se establecen en torno a dicha masculinidad y los procesos que las posibilitan.

Si bien se parte del reconocimiento de que no existe una única masculinidad, no podemos negar que existan diversas asimetrías de poder entre los propios hombres y en sus relaciones con “los otros”, como las mujeres y los niños. Dichas relaciones asimétricas pueden cristalizarse en distintas formas de violencia tanto intra como intergenérica. Por tanto, el abordaje de “las masculinidades” implica el análisis de las distintas lógicas que mantienen y reproducen dichas asimetrías, las cuales pueden relacionarse con distintas formas de violencia.

Como señala Jacorzynski (2002), las formas de comprensión contemporánea sobre la violencia puede dividirse en dos grupos: las que tratan de ver este fenómeno como un rasgo permanente de la vida humana, irremediadamente relacionado con su naturaleza, y las enarboladas por la antropología social, como en el caso de las aproximaciones de Wolf (2002) en su obra *Ciclos de violencia: la antropología de la paz y la guerra*, en la que rompe con la visión del hombre violento por naturaleza y da cuenta de la violencia como un fenómeno histórico y social condicionado por eventos y procesos, como el flujo mundial del capital, la división

mundial del trabajo y la formación de los grupos de poder. La presente investigación se inscribe en dicha postura, en la que las distintas formas de violencia ejercidas en y por los hombres obtienen un significado en el contexto social en el que se inscriben y se les dota de sentido.

Otros autores abordan a la violencia como un concepto mimético y que permite hablar de “espirales, espejos, cadenas y de *continuum*”. Es decir, piensan la violencia desde su carácter relacional y desde una visión en la que en algún momento los victimarios pudieron tener la posición de víctimas. En el caso de los sujetos de esta investigación, sus testimonios dan cuenta de ello, ya que los hombres pueden ejercer la violencia de manera cotidiana en las peleas entre pares y en algunos casos dan cuenta de la violencia ejercida contra las mujeres, pero también mencionan las situaciones de violencia que enfrentan en procesos como “el cruce” a Estados Unidos o en el ámbito laboral en las ciudades de destino.

Así, la violencia puede ser definida y comprendida de múltiples maneras, por ello se menciona que depende de “la mirada”, ya que lo que para algunas personas puede constituir un acto de violencia, para otras puede simplemente formar parte de la cotidianidad. Una de las formas menos visibles de violencia es la estructural, dado que sus manifestaciones son rutinizadas y forman parte de la vida cotidiana, de ahí que los actos violentos se constituyen en prácticas socialmente aceptadas. Se destaca la pobreza, la exclusión social, el hambre y la humillación, entendidas como formas de violencia estructural, ya que se traducen inevitablemente en formas de violencia, como la doméstica.

De igual forma, la familia puede ubicarse como una de las instituciones sociales más violentas, pero que, muchas veces, los comportamientos violentos que ahí acontecen son una respuesta al ejercicio de la violencia estructural, de la que sus integrantes son víctimas. En este escenario pueden situar ejemplos referidos durante el trabajo de campo, como la humillación de los hombres que no cumplen con el sostenimiento económico de su familia.

La migración y las masculinidades en San Bartolomé Quialana

En el estado de Oaxaca los migrantes se dirigen, en la mayoría de casos, a Estados Unidos (CONAPO, 2010). Un momento importante para el establecimiento de dicho patrón lo representó el periodo de 1942 a 1964, del Programa Bracero. Como lo menciona Alvarado (2008) y de acuerdo con la información estadística de dicho programa, en 1964 el estado de Oaxaca se ubicó en el onceavo lugar nacional al aportar 3.5% del total de migrantes nacionales. Sin embargo, la participación de migrantes oaxaqueños

sufrió una reducción temporal al término del programa, para aumentar considerablemente durante la década de los setenta y los ochenta.

Según datos del CONAPO (2010), el municipio de San Bartolomé Quialana ocupa el lugar número 8 nacional de entre los municipios con más altos índices de intensidad migratoria.

En la actualidad, el proceso migratorio hacia Estados Unidos implica cada vez mayores riesgos y costos económicos, los cuales se elevan a más de 14 mil dólares “por pasada” y las condiciones son cada vez más riesgosas:

Eso sí, ahora sale muy muy caro: 14 mil dólares. Entonces a veces ya no conviene porque cuánto te tardas en volver a ganar eso y con eso acá vives casi un año, o más y toda la familia.

Antes te cobraban desde mil dólares y así fue subiendo porque se fue poniendo más difícil. Por eso también ahora se están yendo solos cada vez más, porque no alcanza para pasar a todos.

Si no pagas coyote desde acá, sí es más peligroso, porque hay pandillas o ya desde México te andan asaltando.

Por ejemplo, mi esposo esta vez que no pudo cruzar, lo agarraron una vez, se quedó en Tijuana y volvió a intentar y como lo agarraron lo metieron a la cárcel.

Fue muy difícil, porque yo casi ni sabía de él, entonces me quedé sola con mis hijos y los mantuve durante seis meses trabajando diario en la panadería que pusimos con mi hermana y mi cuñado de un programa “que bajamos”. Entonces ya él regresó y ya le dije que ahora sí ya no quiero que se vaya, pero pues tenemos que ver porque se necesita el dinero para pagarle la escuela a los hijos (entrevista con la señora Claudia, septiembre de 2014).

En la comunidad refieren que los hombres del municipio migran hacia Estados Unidos desde muy jóvenes. Sin embargo, el primer viaje se ha retrasado en los años recientes. Por ejemplo, mencionan que sus abuelos—quienes en su mayoría participaron en el Programa Bracero— se fueron por primera vez antes de los quince años, muchos de ellos sin saber leer ni escribir. En la actualidad, la edad de la mayoría de quienes emprenden el primer viaje oscila entre los 18 y los 25 años. “Cuando fui la primera vez a los 25 años, ya no estaba el Programa Bracero, mi papá sí fue una temporada cuando estaba el Programa Bracero, fue a la pizca del tomate, él fue puro temporal, los iban a recoger a la frontera y cuando terminaban con el trabajo del tomate lo volvían a dejar ahí en la frontera” (entrevista con el señor Antonio, octubre de 2014).

Si bien los hombres representan a la mayoría de quienes migran hacia los Estados Unidos, también algunas mujeres emprenden dicha aventura, la mayoría acompañando a sus

esposos o parejas, quienes regresan por ellas para establecerse. Sin embargo, en las entrevistas mencionan que ahora es más difícil irse con la familia, pues los costos para pasar son muy altos y también por las medidas migratorias:

La primera vez que se fue, fue de soltero. Luego regresó y nos casamos y yo también me fui con él. Cuando estábamos allá me quedé embarazada y allá nacieron mis hijos, entonces ellos son también americanos. Ahí estuvimos como cuatro años, mi esposo trabajaba en distintas cosas como jardinería, pintura de casas, reparaciones, de mesero, de cocinero. Yo no trabajaba fuera, porque me salía muy caro que me cuidaran a los niños, entonces yo me quedaba en la casa con ellos.

Sí me gustaba estar ahí porque se gana bien, pero se extraña a la familia y también se gasta mucho porque no hay casa propia y hay que rentar. Yo casi no podía salir, primero porque casi no hablaba inglés, luego porque como yo no tenía papeles sí me daba miedo que me agarraran y me regresaran sin mis hijos.

Nos regresamos a Quialana porque aquí se vive más tranquilo y aquí está la familia. Con lo que ganamos hicimos nuestra casa. Luego mi esposo se volvió a ir y yo me quedé (entrevista con la señora Claudia, septiembre de 2014).

En sus testimonios, las mujeres en sus experiencias migratorias mencionan situaciones relacionadas con la violencia estructural, como la exclusión que sufrían al no hablar inglés o sentir la amenaza de ser deportadas y, por tanto, separadas de sus hijos, los cuales, como en el caso de la señora Claudia, habían nacido en Estados Unidos. Por estas formas de violencia, muchas mujeres se recluyen en los hogares, por lo que cuentan con menos posibilidades de obtener ingresos o aprender inglés, lo que las coloca en situación de vulnerabilidad.

De igual modo, las mujeres de Quialana con las que he conversado indican que cada vez son menos las mujeres que acompañan² a sus esposos o parejas, por los riesgos y costos, quedando a cargo del cuidado del hogar y de sus hijos. Muchas de estas mujeres emprenden labores remuneradas, como la venta de *tejate* en espacios públicos, la comercialización de los productos de sus milpas en el mercado de Tlacolula, la venta de pan o la confección de ropa. Algunas emprenden negocios propios, como las tiendas de abarrotes y los expendios de comida, los cuales inician con los recursos que les envían sus esposos y se mantienen con las ganancias. En algunas ocasiones, cuando sus compañeros retornan, dichas actividades se mantienen

² Vale destacar que en todas las ocasiones, en el proceso migratorio las mujeres se han asumido como acompañantes de los hombres.

para los gastos familiares y también como un factor de apoyo ante la inestabilidad de las oportunidades de trabajo para quienes regresan.

Como me lo comentaba Mario, en un viaje que realizamos en su taxi, de Tlacolula a Quialana, el migrar requiere “ingeniárselas” para cruzar de la mejor manera, más rápido y con menos riesgos. Él ha ido y venido en varias ocasiones desde que tenía menos de dieciocho años —ahora tiene más de treinta—. Por ejemplo, una vez lo pasaron por el cerro y recuerda que tuvo que dormir ahí con otras personas, luego ya pudo pasar y cuando “se hizo de amigos” él les pagó para que vinieran por él en un auto gringo. Así lo pasaron. Ahora lleva menos de un año en el municipio, pero dice que se va a regresar porque aquí no se gana como allá, por ahora maneja un taxi en el que hace viajes a los municipios cercanos y también trabaja en el campo. En Santa Mónica trabaja en la barra de un restaurante porque ya habla bien el inglés. Me dice que prefiere seguir soltero porque casarse ya es mucha responsabilidad, mucho dinero.

Si es cierto que el viaje hacia Estados Unidos representa grandes riesgos, también es cierto que es visto como algo que los hombres deben enfrentar, sobre todo en el caso de la primera ocasión en la que lo emprenden, sin su pareja o hijos. Al “pasar del otro lado” ya se encuentran con familias del municipio o *compatriotas*, quienes los instalan, los apoyan para conseguir un trabajo y también los acompañan en el proceso de recién llegados.

Aunque autoras como Rosas (2008) mencionan que la permanente competencia es uno de los mandatos de la masculinidad, también es de destacar que en el caso de las historias de los hombres de Quialana constantemente hay ejemplos de apoyo y solidaridad, como el acogimiento de los recién llegados, la organización de las labores domésticas entre los hombres que viven juntos y el apoyo entre *compatriotas* en situaciones de riesgo, como sufrir un percance automovilístico sin contar con licencia de conducir, los problemas laborales, presentar alguna enfermedad o la necesidad de regresar a casa por una emergencia familiar.

Para mí no fue tan difícil estar allá porque yo agarré un departamento y ahí estaba con mis hijos y con mis hermanos. Fuimos agarrando uno más grande y estábamos en familia, comprábamos comida y vivíamos bien, haga de cuenta como aquí, porque luego cuando se vive con más gente no está uno a gusto, luego toman, dan guerra, se ponen borrachos, no está uno tranquilo.

En la casa estábamos puros hombres y entre todos hacíamos toda la labor de limpiar, cuidar a los niños en el departamento, y estábamos bien, bien, bien limpio y todo eso (entrevista con el señor Antonio, octubre de 2014).

Con respecto a lo que en la comunidad se considera como formas de masculinidad, referidas por Ramírez (2006), el papel de proveedor es una de ellas. Aunque muchas mujeres trabajen, la “obligación” del sustento familiar sigue siendo masculina. El cumplimiento adecuado o no de este papel ubica a los hombres en una posición de mayor o menor reconocimiento; de ahí que la migración represente una oportunidad para cumplir a cabalidad con dicho mandato, sin importar los costos y, como lo mencionan en los testimonios, “los sacrificios” que se tengan que afrontar.

Otro aspecto relacionado con lo que Rosas (2008) menciona como “la validación de la masculinidad” es la posesión de las tierras. Al respecto, una pareja joven me comentó que “para una mamá del pueblo, un buen partido sería un hombre que fuera hijo único, pues seguramente heredaría todas las tierras de la familia y con ello sería más fácil mantener a su esposa” (entrevista realizada a Berenice y Omar, noviembre de 2014)³. Sin embargo, también mencionan que ya no se puede vivir solamente del campo y que por eso buscan otras fuentes de ingresos.

Un ejemplo de los mecanismos de validación de la masculinidad es la monta de toros y potros bravos en el jaripeo que se realiza durante las fiestas de San Bartolomé, en agosto. Como observé, los hombres son los protagonistas del jaripeo, que se realiza en el lienzo del municipio. Al preguntar sobre la importancia del jaripeo y sobre lo que significa para los hombres realizar dicha actividad, comentaron que se necesita ser fuerte y valiente para participar y también que se siente bien poder domar a un animal salvaje. El jaripeo es un evento muy popular entre las personas de Quialana, por eso se graba y se “sube” a *YouTube*, para que quienes están en Estados Unidos y no pueden acudir a la fiesta puedan verlo.

El jaripeo es un acontecimiento casi exclusivo de los hombres, ya que a lo largo de la historia de este evento sólo recuerdan que había una mujer del pueblo que montaba los potros, pero no es algo que suceda de manera común. Indagando sobre si la participación de las mujeres está prohibida en el jaripeo, responden que no, pero que “las mujeres saben que es algo muy arriesgado” y, por tanto, “cosa de hombres”.

En los testimonios de los hombres del municipio, sobre todo de quienes fungen como autoridades en el cabildo actual, un tema relevante es la preocupación por la mejora en las condiciones de vida de “los compatriotas”. Conversando al respecto, el alcalde me confió que su hijo vive en Santa Mónica y que parece que vive muy bien, que tiene un buen coche. Pero para él es “como estar en una jaula bonita”

³ En San Bartolomé Quialana las mujeres no heredaban las propiedades familiares, sino hasta hace muy pocos años.

porque no se está libre, todo el tiempo se tienen que cuidar de la *migra*. Por ejemplo, como no pueden tener licencia de conducir, se deben cuidar y si les “pegan”, no hacer nada porque “los pueden agarrar” o quitarles el coche.

Indica que para él es triste ver que su hijo vive con miedo, que no puede defenderse.

Una vez que fui a visitarlo, íbamos en el coche y nos pegaron, entonces mi hijo se pone nervioso y me dice que no podemos reclamar nada porque no tiene licencia y lo pueden agarrar o, como otras veces, quitarle el coche, pero yo le digo: ¿cómo que no vamos a reclamar si nos pegaron? Entonces como yo sí tenía mi licencia –aunque sea de acá– me bajo, dije que yo iba manejando y arreglamos todo (entrevista con el señor Feliciano, junio de 2014).

Contradicciones, cambios y permanencias en las masculinidades y las relaciones de género

Si bien San Bartolomé Quialana es un escenario en el que confluyen diversos cambios socioculturales, también es cierto que son evidentes las tensiones que les acompañan. Por ejemplo, hace menos de cinco años que las mujeres participan en el sistema de cargos; en las dos ocasiones que han ocupado el cargo de “Regidora de Salud”, las titulares han sido enfermeras con amplia experiencia en la clínica comunitaria.

Cabe destacar que si bien en las asambleas las mujeres de Quialana pueden expresar sus opiniones, la última palabra la tienen los hombres. En el cabildo los hombres se sientan en un extremo del salón donde se lleva a cabo la reunión y las mujeres en otro. Pero las mujeres siguen desempeñando labores como la preparación de la comida y su distribución.

En las asambleas es también muy notoria la autoridad que se le confiere a la figura del alcalde, siempre habla primero, a él se dirigen las preguntas o los comentarios. Aunque se discute entre todos los asuntos a tratar, la última palabra la tiene él.

El alcalde es un referente de lo que los teóricos de las masculinidades denominan masculinidad dominante o hegemónica, ya que concentra en su figura atributos como el desempeño del papel de proveedor, jefe de familia, poseedor de tierras, mayores conocimientos que otros hombres como saber leer y escribir o el contar con experiencias consideradas como satisfactorias en empresas como la migración o el desempeño laboral.

Otro cambio notorio es el acceso y la permanencia de las mujeres en los medios educativos. Por ejemplo, ahora la gran mayoría de las niñas concluye, por lo menos, la educa-

ción básica y muchas jóvenes estudian carreras técnicas o licenciaturas. En el caso de Berenice, cuenta con estudios superiores que cursó en una universidad privada en Oaxaca, por lo que al concluir la preparatoria rentó con otras jóvenes de Quialana una vivienda en la ciudad de Oaxaca, todo ello auspiciado por el dinero que enviaba su padre, quien desde hace trece años trabaja en un restaurante de sushi en Santa Mónica.

Después de terminar sus estudios, Berenice regresó a Quialana para trabajar en el ayuntamiento, se casó con quien fue su novio durante casi ocho años y quien también estudió una licenciatura en Oaxaca. Ahora tienen una hija de un año de edad. Berenice es la encargada de la Instancia Municipal de la Mujer, que se inauguró el 25 de febrero, y su esposo, quien trabaja desde su casa, cuida a su pequeña. Bere asiste a las capacitaciones a las que la convoca el Instituto de la Mujer Oaxaqueña (IMO) y que después replica en el municipio.

La sanción social de ciertas formas de violencia de género, como la violencia física, es también uno de los cambios registrados en los testimonios. Se menciona que anteriormente era algo considerado “normal” que los esposos golpearan a sus esposas, situación que ha cambiado en las generaciones recientes, pues dichas acciones son sancionadas por las autoridades y la comunidad. Como lo menciona el jefe de la policía municipal, la mayoría de los casos de violencia de pareja o del ámbito doméstico se relacionan con el consumo de alcohol. Por ello, lo primero es esperar a “que el hombre entre en razón” para después conciliar entre él y su esposa. Si el hombre continúa agrediendo físicamente a su esposa, las autoridades deciden si el caso amerita una denuncia ante las autoridades regionales de Tlaxolula.

Sin embargo, como dan cuenta los testimonios, aún existen formas de violencia como la psicológica o la económica, que se consideran algo normal en las relaciones de género.

Conclusiones

Es importante mencionar que este análisis es una primera reflexión sobre los avances en la investigación realizada en campo, que a su vez no integra el total de las entrevistas y los testimonios con los que hasta el momento se cuenta.

Si bien en las conversaciones y entrevistas con las personas de la comunidad que participan de esta investigación he notado que los cambios en las masculinidades y las relaciones de género (pues considero que ambos ámbitos no se pueden separar) no se atribuyen directamente a la migración, sino a las leyes, programas de gobierno y al trabajo de actores externos de autoridades, el hecho de migrar puede posibilitar reflexiones sobre aspectos como

la familia, el trabajo, el proyecto de vida, el futuro de los hijos e hijas.

La migración propicia también ajustes, muchas veces temporales, ocasionados por las necesidades de las condiciones de vida, en los roles de género, como es el caso del cuidado de los hijos o las labores domésticas. Sin embargo, la mayor parte de los testimonios dan cuenta de que la realización de dichas actividades no implica un cambio a largo plazo, pues cuando los hombres regresan con su familia, dejan de realizar estas actividades. Aunque en las mujeres sí se registren cambios permanentes, como continuar desarrollando trabajos económicamente retribuidos, como la comercialización de productos locales.

Considero que los principales cambios se ubican en el grupo generacional de los 20 a los 30 años, en el que sí se identifican aspectos que pueden hablar de una nueva forma de construirse como hombres. De ello da cuenta el establecimiento de relaciones de noviazgo con las mujeres jóvenes, lo cual no sucedía en la generación de sus padres, en la que no se establecía el noviazgo y eran los hombres quienes tenían el poder de elegir a quien sería su esposa y convenirlo directamente con sus padres. De igual forma, se observa que los hombres de la generación mencionada ejercen labores de cuidado y crianza de sus hijos, como el alimentarlos, dormirlos, cargarlos, bañarlos, que anteriormente eran de exclusividad femenina. Como se relata en los testimonios, antes los padres no besaban a sus hijos y las actividades de convivencia se limitaban a ir con ellos al campo y enseñarles las labores relacionadas.

El rol de proveedor, que puede ubicarse como un mandato central de la masculinidad hegemónica en Quilana, también se tambalea a partir de la reciente incursión de las mujeres en el trabajo remunerado; sin embargo, los casos en los que las mujeres perciben mayores ingresos que sus parejas son muy contados y esto sigue sin ser muy bien visto por la comunidad.

Las conversaciones con las mujeres también me permiten identificar cambios relacionados con la salud sexual y reproductiva; por ejemplo, mencionan que la generación de los 30 a los 40 años ya utilizó métodos anticonceptivos para espaciar y decidir el número de sus hijos, pero dicha planificación estaba a cargo de las mujeres. En los testimonios de las parejas más jóvenes, dan cuenta de que dicha responsabilidad es compartida y también mencionan el uso de métodos como el preservativo en el caso de los hombres.

Si bien es notable que las mujeres participen ahora en los cargos públicos, esta participación no se da en igualdad de condiciones. Los cargos que ocupan se relacionan con las labores de cuidado.

Otra situación similar es la relacionada con la Instancia de la Mujer, misma que si bien es aceptada por las autori-

dades, al momento de que se van a realizar las capacitaciones, muchas veces “las dejan esperando”, pues surge “algo urgente en Tlacolula”.

El acercamiento con las niñas y los niños se ha dado poco a poco y espero realizar un taller dirigido a ellos en los próximos meses. Sin embargo, hemos platicado sobre las actividades que realizan en su hogar y mencionan participar en las labores domésticas y en la preparación del tejate y a veces de las tortillas, sobre todo cuando quedan al cuidado de sus madres. También he podido observar que niños y niñas participan por igual en la banda de música infantil y juvenil del municipio y establecen juegos compartidos, como el básquetbol. Sin embargo, hay juegos que dicen no compartir, como las muñecas o “jugar a la princesa”.

También los niños y las niñas me dicen que extrañan a sus papás y que algunos ya casi no se acuerdan de ellos, pues se fueron a trabajar al norte y desde entonces no han podido regresar; sólo hablan con ellos por teléfono, o en caso de que les presten una computadora, “ven a su papá en video”.

Referencias

- Alvarado, A. (2008). “Migración y pobreza en Oaxaca”. *El Cotidiano*, marzo-abril, 85-94.
- Careaga, G. y Cruz, S. (2006). *Debates sobre masculinidades*. México: PUEG-UNAM.
- Consejo Nacional de Población (CONAPO) (2010). “Índices de intensidad migratoria, el estado de la migración”. *Colectión índices sociodemográficos*. Recuperado de <http://www.conapo.gob.mx/swb/CONAPO/indices_de_intensidad_migratoria_Mexico-Estados-Unidos_2010> (consultado el 23 de febrero de 2015).
- Jacorzynski (2002). “Introducción”. En *Estudios sobre la violencia, teoría y práctica*, México: CIESAS.
- Kearney, M. y Beserra, B. (2002). “Migration and Identities. A Class-based Approach”. *Latin American Perspectives*, 31(5), 3-14.
- Ramírez, J. (2006). “¿Y eso de la masculinidad? Apuntes para una discusión”. En Careaga, G. y Cruz, S., *Debates sobre masculinidades* (31-56). México: PUEG-UNAM.
- Rosas, C. (2008). *Varones al son de la migración, migración internacional y masculinidades de Veracruz a Chicago*. México: Colmex.
- Wolf, E. (2002). “Ciclos de violencia: la antropología de la paz y la guerra”. En Jacorzynski, *Estudios sobre la violencia, teoría y práctica*. México: CIESAS.